



gentes, las cuales ni dejaban de hablar con desembarazo á los generales y magistrados de la culta Roma, ni tenían dificultad en exponer sus querellas en pleno senado, y entrar en contestaciones y razonamientos con los padres conscriptos.

En la Bética fué donde debieron, antes que en otras provincias de España, empezar á cultivarse las letras. Cuando el cónsul Metelo regresó á Roma se llevó consigo multitud de poetas cordobeses, algunos de los cuales se hicieron célebres allí, y de ellos se ocupó Ciceron en una de sus más bellas oraciones (1). Contábase entre ellos Cornelio Balbo de Cádiz, distinto del otro Balbo el Triunfador. No es extraño, habiendo sido la Bética donde dejaron deramadas más semillas de civilización los fenicios, y donde menos obstinada resistencia hallaron los romanos. La Celtiberia y la Lusitania, y en general la España toda, fueron deudoras á Sertorio de la participación que comenzaron á tener en la ilustración romana. La escuela de Huesca y el senado de Évora que estableció aquel ilustré romano, fueron las dos grandes bases por donde España entró en el movimiento intelectual del mundo civilizado. Desde entonces empezó á hacerse el latin la lengua vulgar de los españoles, y el gusto á las letras que nació con Sertorio no hizo sino desarrollarse con Augusto.

Cierto que Augusto acabó de someter la España al yugo de Roma. Pero fué un yugo mil veces más soportable que el que habia sufrido

(1) Etiam Corduba natis poetis pingue, quiddam sonantibus atque peregrinum, tamen aures meas debebat. Cicer. pro Arch., n. 26.

de los tiránicos pretores. El hombre que dió reposo al mundo, el que le dió una unidad civil y política, el que substituyó al principio de conquista el de civilización, y reemplazó el de la fuerza con el de la inteligencia, no podia ménos de ejercer en España un influjo altamente benéfico. Desde los primeros años prohibió á los gobernadores de las provincias pedir ningún género de subsidio, como tenían de costumbre al espirar el término de su magistratura, y sólo les permitió poder aceptar algún donativo que por vía de obsequio quisieran hacerle las ciudades agradecidas á sus servicios, y esto después de trascurridos setenta días de haber salido de las provincias. Dejó tambien á las ciudades libres que se administraran por sí mismas. Abrió escuelas públicas en las ciudades principales, y las dotó de profesores ilustrados. En ellas se fueron formando algunos de aquellos ingenios que despues dieron lustre á la literatura romano-hispana.

Sufrió, pues, España bajo Augusto una transformación social. Pero no olvidemos que si las guerras romanas trajeron á España la civilización que entonces se conocía, que si España dió por este camino un gran paso en la carrera del mejoramiento social, este mejoramiento y esta civilización los compró al caro precio de dos siglos de guerras, de sangre, de calamidades, de horrores y de sacrificios y víctimas sin cuento. Ley fatal de la humanidad, que cada paso hácia un bien respectivo ha de ir precedido de una serie de males, y de una cadena de angustias y de dolores! Y aún se ha de agradecer, si tras un siglo y otro de tragedias se encuentra al fin un Augusto!

DESDE LA VENIDA DE JESUCRISTO HASTA CONSTANTINO

Años de J. C. de 1 á 323

# LIBRO PRIMERO

## CAPÍTULO I

### Resumen histórico de la época sexta

La época que vamos á reseñar abarca el tránsito del mundo antiguo al moderno, del despotismo á la libertad, de las tinieblas á la luz, del error á la verdad, de los dioses falsos del paganismo, en fin, á Jesucristo, redentor del género humano.

Á fin de ofrecer un breve cuadro de esta época memorable, conviene recordar en este lugar la síntesis de este período, expuesto en el plan general de la obra.

Ya hemos llegado á aquellos tiempos tan deseados de nuestros padres, de la venida del Mesías. Este nombre significa Cristo ó ungido del Señor, y se debe á Jesucristo como á pontífice, como á rey y como á profeta. No concuerdan en el año preciso en que vino al mundo; pero concuerdan en que su nacimiento excede ciertamente en algunos años á nuestra era vulgar, que no obstante seguimos con todos los



vuelve Roma al estado monárquico, bajo el pacífico imperio de Augusto. Todas las artes florecieron á su sombra, y la poesía latina fué elevada á su mayor perfeccion por Virgilio y Horacio, excitados de este príncipe, no sólo con sus beneficios, sino con el honor concedido de una libre entrada cerca de su persona. Siguió luego al nacimiento de Jesucristo la muerte de Heródes. Su reino fué dividido entre sus hijos, y no tardó en caer en poder de los romanos la principal parte. Acabó Augusto su reinado con mucha gloria. Sucedióle sin contradicción Tiberio, á quien habia adoptado, y fué reconocido el imperio por hereditario en la familia de los Césares. Tuvo mucho Roma que sufrir de la cruel política de Tiberio; pero lo restante de sus dominios gozó de competente tranquilidad. Germánico, sobrino de Tiberio, apaciguó los ejércitos amotinados, rehusó el imperio, derrotó al fiero Arminio, adelantó hasta el Albis sus conquistas; y habiendo con el amor de los pueblos atraído á sí los celos de su tío, este príncipe bárbaro le hizo morir ó de disgusto ó de veneno. El año décimoquinto de Tiberio se deja ver San Juan Bautista. Hácese Jesucristo bautizar de este divino precursor. El Padre Eterno reconoce á su muy amado hijo con una voz que viene de lo alto. El Espíritu Santo descien- de sobre el Salvador bajo la forma pacífica de una paloma. Toda la trinidad se manifiesta. Allí empieza con la septuagésima semana de Daniel la predicacion de Jesucristo. Esta última semana era la más importante y la más señalada. Había Daniel separado de las otras, como semana en que la alianza debia confirmarse, y los antiguos sacrificios perder su virtud en medio de ella. Nosotros la podemos llamar la semana de los misterios. En ella estableció Jesucristo su mision y su doctrina con innumerables milagros, y despues con su muerte. Sucedió ésta el cuarto año de su ministerio, que fué tambien el cuarto de la última semana de Daniel, y de este modo se halla esta gran semana justamente partida en la mitad con esta muerte.

Así es fácil de hacer el cómputo de estas semanas, ó por mejor decir, está del todo hecho; pues juntando á los 453 años que se hallarán

desde el 300 de Roma y el 20 de Artajerjes hasta el principio de la era vulgar, los 20 años de esta era que se ven confinar con el décimoquinto año de Tiberio, y con el bautismo del Señor, de estas dos sumas se formarán 483 años, de los siete que faltan aún para cumplir los 490; el cuarto, que hace la mitad, es en el que murió Jesucristo, y todo lo que profetizó Daniel está visiblemente incluido dentro de término que se prescribió. Fuera de que tampoco es necesaria tanta puntualidad; y nada hay que obligue á entender en este extremo rigor aquella mitad notada por Daniel, y los más escrupulosos se satisfarian con hallarla en cualquier punto que estuviese entre los dos extremos; dígolo esto, á fin de que los que creyeren tener razones para poner un poco ántes ó un poco despues el principio de Artajerjes ó la muerte de Nuestro Señor, no se fatiguen en su cálculo; y que los que intentaren oscurecer una cosa tan clara con cavilaciones de la cronología, depongan sus inútiles sutilezas.

Las tinieblas que cubrieron toda la superficie de la tierra en pleno mediodía, y en el punto que Jesucristo fué crucificado, están recibidas por un eclipse ordinario de los autores paganos, que han notado este memorable suceso. Pero los primeros cristianos, que hablaron de él á los romanos como de un prodigio, no solamente señalado por sus autores, sino tambien por los registros públicos, hicieron ver que ni al tiempo de luna llena, en que Jesucristo murió, ni en todo aquel año en que se observó este eclipse, podia haber alguno que no fuese sobrenatural. Tenemos las propias palabras de Phlegon, Liberto de Adriano, citadas en tiempo que estaba su libro entre las manos de todos, así como las historias Siriacas de Tallo, que le siguió; y el cuarto año de la 202 olimpiada, notada en los anales de Phlegon, es de la muerte de Nuestro Señor.

Para cumplir los misterios, sale Jesucristo del sepulcro al tercero dia; aparece á sus discípulos, sube á los cielos en su presencia, enviales el Espíritu-Santo, la Iglesia se forma, la persecucion comienza, San Estéban es apedreado, San Pablo se convierte, un poco despues Tiberio muere. Calígula, su sobrino, su hijo



adoptivo y su sucesor, pasma al Universo con su cruel y brutal locura; hácese adorar, y ordena que sea colocada su estatua en el templo de Jerusalem. Chereas libra de este monstruo al mundo. Claudio reina, sin embargo de su estupidez. Es deshonrado por Mesalina su mujer, y despues de haberla hecho matar, la vuelve á pedir. Cásase despues con Agrippina, hija de Germánico. Los apóstoles tienen el concilio de Jerusalem, en que San Pedro habla el primero, como hace en todo lo demas. Los gentiles, convertidos, son allí libertados de las ceremonias de la ley; se pronuncia la sentencia en nombre del Espíritu-Santo y de la Iglesia. San Pablo y San Bernabé llevan el decreto del concilio á las iglesias, y enseñan á los fieles á sujetarse á él. Tal fué la forma del primer concilio. El insensato Claudio deshereda á su hijo Británico, y adopta á Neron, hijo de Agrippina. Ella, en recompensa, envenena á tan imbécil marido. Pero el imperio de su hijo no fué ménos funesto á sí misma que á todo el resto de la república. Debióse á Carbulon toda la gloria de este reinado, por las victorias que obtuvo contra los partos y los armenios. Neron comenzó á un mismo tiempo la guerra contra los judíos y la persecucion contra los cristianos. Este es el primer emperador que persiguió la Iglesia. Hizo morir en Roma á San Pedro y San Pablo. Pero como al mismo tiempo perseguia á todo el género humano, se halló rodeado de sublevaciones; supo que el senado le habia condenado á muerte, y se mató á sí mismo. Cada ejército se hizo un emperador; decidióse la contienda cerca de Roma y en Roma misma, con espantosas batallas, en que Galba, Othon y Vitelio perecieron. El afligido imperio reposó bajo el dominio de Vespasiano. Pero los judíos fueron reducidos al extremo, y Jerusalem tomada y abrasada. Tito, hijo y sucesor de Vespasiano, dió una breve alegría al mundo; y sus dias, que creia perdidos cuando no los señalaba algun beneficio, se precipitaron muy apresuradamente. Vióse revivir á Neron en la persona de Domiciano. Renovóse la persecucion. Salido San Juan de entre los hervores del aceite, fué desterrado á la isla de Patmos, donde escribió su *Apocalipsis*. Poco

despues escribió su *Evangelio*, de edad de noventa años, y juntó la calidad de evangelista á la de apóstol y profeta. Desde este tiempo fueron los cristianos siempre perseguidos, tanto bajo los buenos como los malos emperadores. Hacíanse estas persecuciones, ya de orden suya y por el odio particular de los magistrados, ya por la sublevacion de los pueblos, y ya por los decretos, auténticamente pronunciados en el senado, segun los rescriptos de los príncipes, ó en su-presencia. Era entonces la persecucion más universal y más sangrienta; y así el odio de los infieles, siempre obstinado en arruinar la Iglesia, se excitaba á sí mismo de tiempo en tiempo á nuevos furores. Estas renovaciones de violencias han dado ocasion á los historiadores eclesiásticos de contar diez persecuciones bajo diez emperadores. En medio de tan largo padecer, jamas excitaron los cristianos la más mínima sedicion. Entre todos los fieles, eran siempre los obispos los más combatidos. Entre todas las iglesias, la de Roma fué perseguida con mayor violencia; y treinta papas confirmaron con su sangre el Evangelio que anunciaban á todo el mundo. Matan á Domiciano, y comienza el imperio á respirar bajo Nerva. No le permite su grande edad restablecer las cosas; y para asegurar el reposo público, elige por sucesor suyo á Trajano.

Tranquilo el imperio por dentro y triunfante por fuera, no cesa de admirar un tan buen príncipe, que tenia por máxima que, era necesario que sus ciudadanos le hallasen tal, como él hubiera querido hallar un emperador si fuese sólo ciudadano. Domó este príncipe los dacios y á Decéballo, su rey; extendió sus conquistas en el Oriente; dió un rey á los partos y les hizo temer el poder de Roma; feliz en que la embriaguez y sus amores infames, vicios tan deplorables en tan gran príncipe, nada le hiciesen intentar contra la justicia. Á tiempos tan ventajosos para la república, sucedieron los de Adriano, mezclados de bueno y de malo. Mantuvo la disciplina militar; vivió él tambien militarmente y con mucha templanza; alivió las provincias; hizo florecer las artes y á la Grecia, madre de ellas; tuvo con sus ejércitos y con su autoridad atemorizados los bár-



baros; reedificó á Jerusalem y le dió su nombre, de donde le viene el de Elia, pero destruyó los judíos, siempre rebeldes al imperio; y éstos, obstinados, hallaron en él un desapiadado vengador. Mas deslustró con sus crueldades y con sus amores monstruosos un reinado tan esclarecido. Su infame Antinous, de quien hizo un Dios, cubre de ignominia toda su vida. Pareció despues que el emperador enmendase sus errores y restableciese su oscurecida gloria, adoptando á Antonino el *Piadoso*, el cual adoptó despues á Marco Aurelio, el sabio y filósofo. Descúbrese en estos dos principes dos admirables cualidades: el padre, siempre en paz, está siempre pronto, siendo necesaria, á hacer la guerra; el hijo, siempre en guerra, siempre está pronto á dar á sus enemigos y al imperio la paz. Háblale enseñado su padre Antonino que importaba más salvar un solo ciudadano, que deshacerse de mil enemigos. Los partos y los marcomanos probaron el valor de Marco Aurelio. Eran los marcomanos alemanes que el emperador acababa de sujetar cuando murió. Por las virtudes de estos dos Antoninos, se hizo este nombre la delicia del pueblo romano, y no pudo quedar borrada la gloria de tal nombre por la flojedad de Lucio Vero, hermano de Marco Aurelio, ni por las brutalidades de Cómodo, su hijo y sucesor. Este, indigno de tener tal padre, olvidó sus documentos y sus ejemplos; se hizo abominable al senado y á los pueblos, y su misma dama, con los que más le obsequiaban, le hicieron morir. Pertinax, su sucesor, vigoroso defensor de la disciplina militar, se vió sacrificado al furor de los soldados licenciosos, que habian un poco ántes elevádole á su pesar al supremo poder. Puesto el imperio en almoneda por el ejército, encontró un comprador. El jurisconsulto Didio Juliano se arriesgó á esta atrevida compra y le costó la vida; Severo Africano lo hizo morir, vengó á Pertinax, pasó del Oriente al Occidente, triunfó en la Siria, en la Galia y en la Gran Bretaña. Rápido conquistador, igualó á César en las victorias, pero no le imitó en la clemencia. No pudo poner paz entre sus hijos. Apenas murió, cuando Bassano ó Caracalla, que era el primogénito, falso imitador de Alejandro, mató á su

hermano Geta, tambien emperador, en el seno de Julia, madre de ambos; pasó despues su vida en crueldades y sangrientos estragos, y se buscó una trágica muerte. Háblale Severo ganado el corazon de los soldados y pueblos, dándole el nombre de Antonino; pero él no supo mantener su gloria. El sirio Heliogábalo, ó por mejor decir, Halagábalo, su hijo, á lo ménos reputado por tal, aunque el nombre de Antonino le diese desde luego el corazon de los soldados y la victoria contra Macrino, tambien se hizo despues por sus infamias el horror del género humano, y fué causa de su misma perdicion. Alejandro Severo, hijo de Mamea, su pariente y sucesor, vivió muy poco para el bien del mundo. Lamentábase de tener más dificultad en contener sus soldados que en vencer á sus enemigos. Su madre, que le gobernaba, fué causa de su ruina, como ántes lo habia sido de su gloria. En su tiempo, Artajerjes, persiano, mató á su señor Artabano, último rey de los partos, y restableció en el Oriente el imperio de los persas.

La Iglesia, aunque recién nacida, llenaba en estos tiempos toda la tierra; y no sólo el Oriente, en que habia empezado, esto es, la Palestina, la Siria, el Egipto, el Asia Menor y la Grecia; sino tambien en el Occidente, á más de Italia, las diversas naciones de las Galias, todas las provincias de España, el África, la Germania, la Gran Bretaña, en lugares impenetrables á las armas romanas, y tambien fuera del imperio, la Armenia, la Persia, las Indias, los pueblos más bárbaros, los sarmatas, los dacios, los scitas, los mauritanos, los getulios, y hasta las islas más desconocidas. La sangre de sus mártires la fecundaba. Bajo Trajano, San Ignacio, obispo de Antioquia, fué expuesto á las bestias feroces. Marco Aurelio, desgraciadamente preocupado de las calumnias de que cargaban al cristianismo, hizo morir á San Justino el filósofo; y el apologista de la religion cristiana, San Policarpo, obispo de Smirna, discípulo de San Juan, fué en edad de ochenta años, condenado al fuego, bajo el mismo principe. Los santos mártires de Leon y de Viena sufrieron tormentos inauditos, como San Photino, su obispo, de edad de noventa años,



les dió ejemplo con su constancia. La Iglesia llenó todo el universo de su gloria. San Ireneo, discípulo de San Policarpo y sucesor de San Photino, imitó á su predecesor, y murió mártir en tiempo de Severo con un gran número de fieles de su iglesia. Mitigábase alguna vez la persecucion. En una extrema falta de agua que Marco Aurelio padeció en Germania, una legion cristiana obtuvo una lluvia capaz de extinguir la sed de su ejército, acompañada de rayos, que atemorizaron á sus enemigos. El nombre de fulminante fué dado y confirmado á la legion por este milagro; y quedó el emperador tan movido de él, que escribió al senado en favor de los cristianos. En fin, sus adivinos le persuadieron á atribuir á sus dioses, ó á sus ruegos, un milagro que ni aun en deseárselo habian advertido los paganos. Otras causas suspendian ó moderaban algunas veces la persecucion por algun tiempo; pero la supersticion, vicio que Marco Aurelio no pudo evitar, el odio público y las calumnias que se imputaban á los cristianos, prevalecian bien presto. Revivia el furor de los paganos, y corría por todo el imperio la sangre de los mártires. La doctrina acompañaba á la tolerancia. En tiempo de Severo, y un poco despues, Tertuliano, presbítero de Cartago, ilustró la Iglesia con sus escritos, la defendió con una admirable apología, y la dejó despues, ciego de una orgullosa severidad y engañado de las visiones del falso profeta Montano. Poco despues, por el mismo tiempo, el santo presbítero Clemente Alejandrino desenterró las antigüedades del paganismo para confundirle. Orígenes, hijo del santo mártir Leonidas, se hizo célebre por toda la Iglesia desde su juventud primera, y enseñó grandes verdades, que mezclaba con muchos errores. El filósofo Ammonio hizo servir la filosofia platónica á la religion, y se ganó hasta el respeto de los paganos. Entre tanto, los valentinianos, los gnósticos y otras sectas impías, confundieron el Evangelio con falsas tradiciones. San Ireneo les opuso la tradicion y la autoridad de las iglesias apostólicas, mayormente la de Roma, fundada por los apóstoles San Pedro y San Pablo, y la principal de todas. Tertuliano hizo lo mismo. Nunca ha va-

cilado la Iglesia, ni por las herejías, ni por los cismas, ni por la caída de sus más ilustres doctores; y la santidad de sus costumbres es tan esclarecida, que le atrae las alabanzas de sus enemigos. Hallábanse en terrible turbacion las cosas del imperio. El tirano Maximino, aunque de estirpe gótica, se hizo dueño de él despues de haber quitado la vida á Alejandro. Opúsole el senado cuatro emperadores, que en ménos de dos años perecieron. Entre ellos estaban los dos Gordianos, padre é hijo, ambos del pueblo romano. El jóven Gordiano, aunque en una extrema juventud, muestra una consumada sabiduría, y pudo defender, aunque difícilmente, contra los persas el imperio debilitado por sus discordias. Habia ya recobrado de ellos muchas plazas importantes, cuando Felipe, árabe, mató á tan buen príncipe, y temiendo ser oprimido de dos emperadores sucesivamente elegidos por el senado, hizo una paz indigna con Sapor, rey de Persia. Éste fué el primero de los romanos que abandonó por tratado tierra del imperio. Dícese que abrazó la religion cristiana en tiempo que de repente se vieron mejoradas sus costumbres, y escierto que fué favorable á los cristianos. En odio de este emperador, Decio, que le mató, renovó la persecucion con más violencia que nunca. Extendióse la Iglesia por todas partes, principalmente en las Galias, y bien presto perdió el imperio á Decio, que vigorosamente le defendia. Gallo y Volusiano pasaron muy aceleradamente. Emiliano no hizo sino dejarse ver. Fué dado á Valeriano el poder supremo, á que subió este venerable anciano por todas las dignidades. No fué cruel sino con los cristianos. Bajo él, San Estéban, papa, y San Cipriano, obispo de Cartago, sin embargo de sus disputas que no habian podido romper su comunión, recibieron ambos la misma corona. El error de San Cipriano, que reprobaba el bautismo dado por los herejes, no fué á él ni á la Iglesia perjudicial. Se mantuvo la tradicion de la Santa Sede por su propia fuerza contra los especiosos discursos y contra la autoridad de tan gran hombre; aunque otros tambien grandes defendiesen la misma doctrina. Mayor daño hizo otra disputa. Confundió Sabellio juntas las tres